B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

DECÍDETE A SER SANTO

Puedes serlo aunque hayas pecado mucho

Sed santos, porque yo soy santo,
dice el Señor (Lev. 9,2).
"Yo no quiero la muerte del pecador,
sino que se convierta y viva" (Ez. 33,11)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA 41003

INDICE

Presentación..3
Decídete a ser santo...7
¿Quiénes pueden lograr la santidad?......................7
¿Qué es la santidad?..8
¿En qué está la esencia de la perfección? 10
La santidad es un don de Dios.............................11
¿Podré yo ser santo habiendo pecado mucho?.....14
¿Queremos ser verdaderamente santos?..............15
Falsos deseos de santidad....................................17
Deseos sinceros de santidad 20
Sus deseos, quedarán hartos 21
El mayor obstáculo para salvarnos......................22
Ejemplos prácticos...24
Los males del pecado 24

ISBN: 84-7770-551-8
D.L.: Gr. 510-2001
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

El que se propone un ideal, debe esforzarse y poner los medios necesarios para lograrlo. Por tanto si uno se decide a ser santo, deberá poner los medios más eficaces y no reparar en sacrificio alguno, con el fin de conseguirlo.

Entre las parábolas del reino propuestas por el divino Maestro y escogidas con esmero por San Mateo en el capítulo 13 de su Evangelio, figura la del tesoro escondido.

En esta parábola se nos dice que el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre lo encubre de nuevo, y gozoso del hallazgo, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo.

Notemos que dice que está escondido en un campo, pues no era raro que en las guerras, particularmente en Oriente, donde fueron frecuentes, escondieran sus tesoros en el campo los que huían de pánico, y permanecieran ignorados de otros los tesoros durante años o siglos, y fuesen hallados luego con sorpresa y el consiguiente júbilo.

Jesucristo aplicó este símil al reino de los cielos, porque en esta parábola intentaba principalmente -dice el Crisóstomo-, enseñarnos, no lo que es el

reino de los cielos, como lo hizo en las parábolas del sembrador, de la cizaña y otras, sino lo que debe ser para nosotros y en qué estima debemos tenerlo.

El tesoro será, pues, para nosotros el conjunto de todas las realidades que constituyen el reino de Dios, dentro de nosotros, dogma, moral, sacramento, gracia, virtudes, perfección cristiana, vida sobrenatural, de una riqueza superior a la de todos los bienes terrenos.

De todos modos, quien lo halla debe agradecer el hallazgo a Dios, porque la gracia es un don gratuito y el principio de la vida sobrenatural en nosotros.

Dice el Evangelio: Quien halló el tesoro quiso apropiárselo, lo escondió de nuevo y resolvió comprar el campo. Así nosotros, comenta San Jerónimo, debemos estimar las riquezas de la vida sobrenatural sobre todos los tesoros de la tierra, esconderlas en lo más profundo de nuestro corazón, cercarlas con todas nuestras facultades.

Según la parábola, la estima del tesoro no termina en deseos y propósitos, sino en realidades: "Va y vende cuanto tiene y compra aquel campo". La aplicación práctica en nuestro caso ha de ser no perdonar medio, no reparar en sacrificios, desprendernos de todo lo que sea necesario para conservar el tesoro. No hemos de comprar el campo, porque lo tenemos en nuestro propio ser; pero debemos conservar el tesoro cueste lo que cueste.

La manera de conservar el tesoro es cuidar con viva y constante solicitud la vida sobrenatural, la vida de la gracia, que Dios nos ha infundido, robustecernos en el cumplimiento de la ley cristiana, avanzar en la perfección y poner los medios necesarios de que hablaremos, y lograremos poseer el tesoro de la santidad. Vamos, pues, a exponer lo que necesitamos para ser santos.

Benjamin Martín Sánchez
Zamora, 15 de octubre del 2000

DECÍDETE A SER SANTO

¿Quiénes pueden lograr la santidad?

En la Constitución dogmática sobre la Iglesia, el Concilio Vaticano II nos dice: "En la Iglesia están todos llamados a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía, ya sean apacentados por ella, porque Cristo es santo..." y nos enseña cómo podemos santificarnos, sacerdotes, religiosos, obreros... (LG.39-42).

En cualquier estado en que estemos debemos aspirar a conseguir la perfección propia de ese estado, pues en todos los estados podemos y debemos alcanzar la santidad.

Jesucristo nos dice que la santidad equivale a "perfección", según estas palabras: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt. 5,48). Todos, por consiguiente, podemos y debemos ser perfectos en la medida que nos es dado, ya que estas palabras "sed perfectos" se dirigen a todos los que podemos y se nos ha enseñado a rezar: "Padre nuestro..." Por eso dice: "como vuestro Padre celestial es perfecto".

Jesucristo se nos presenta en el Evangelio como modelo ejemplar al que debemos imitar. Él nos pro-

pone una meta, a la que quiere que nos esforcemos por aproximarnos. No nos quiere parados, sino en marcha siempre hacia el ideal altísimo, ideal encumbrado de perfección moral.

El deseo de ser santo es un gran ideal; pero este deseo debe ser serio, debe ser constante de todos los días y enérgico, sin inquietudes que quiten la paz. A este fin hay que tener ideas claras sobre la perfección y la santidad, que no consiste en exterioridades, sino llevar con mucha humildad una vida interior.

¿Qué es la santidad?

Según los Evangelios es vida de gracia, de unión con Dios. Esto supone vencimientos, sacrificio, cumplimiento de la ley de Dios y del propio deber. Santo Tomás dice: "La santidad consiste en estar limpios de pecados y en practicar el bien" (2,2 a81 a.8) y San Gregorio Magno dice: "La santidad del cuerpo es la pureza, la santidad del alma es la caridad y la humildad" (Libertad Moral).

Dios nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos (Ef. 1,4) y nos invita a la santidad: "Sed santos, porque Yo soy santo" (Lev. 9,2) y debemos serlo en la medida que nos es posible.

La vida de gracia es una vida nueva que se recibe a modo de germen en el bautismo, pero que ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno median-

te la misma gracia de Dios y el esfuerzo personal.

El que quiere ser santo es el que no se limita a decir: "quiero serlo", sino el que está dispuesto a todos los sacrificios y pone los medios para adquirir la santidad y practicar todas las virtudes.

A los santos les costaba domar en brusquedades, ceder en su parecer... y con el tiempo y la constancia lograron dominarse.

¡Qué difícil es mantener la serenidad..., cerrar los labios... y conservar el alma en paz cuando se nos ha injuriado o atropellado! Sin embargo todos los santos hicieron eso.

Tanto te santificas cuanto te mortificas. Todas las circunstancias y personas que te rodean las escogió Dios para ti desde que pensó en ti... y esas y no otras te santificarán.

La santidad no está en el verbo trabajar... orar... hacer, actuar. Está en el adverbio: plenamente, cuidadosamente, exactamente, o sea, con la perfección posible. La santidad no está en hacer esto o lo otro, sino en hacerlo cumpliendo la voluntad de Dios, pues "no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Dios" (Mt. 7,21).

Santa Teresa de Jesús dice: "No queramos ir por el camino no andado, sino por el que han ido todos los santos".

"No eres santo "dice Kempis", porque te alaben,

ni peor porque digan de ti cosas censurables, eres sencillamente lo que eres. El hombre mira las acciones, Dios pesa las intenciones". Y San Jerónimo nos dice: "Los ejemplos de los santos te enseñan lo que has de hacer y lo que debes evitar".

La santidad es vida de gracia, y progresar en esta vida es progresar en santidad. La santidad es obra de la gracia y obra nuestra, pues depende nuestra voluntad, de amar mucho a Dios y al prójimo por Dios, y por amor a Dios debes luchar contra las pasiones, corresponder con bondad a la malicia del prójimo y a la dureza con dulzura.

También dice Kempis: "Verdaderamente las palabras sublimes no hacen al hombre santo ni justo, es la vida virtuosa la que le transforma en amigo de Dios".

El empezar es de muchos..., el terminar es de santos. No te quedes a mitad del camino.

¿En qué está la esencia de la perfección?

La santidad equivale a perfección, según las palabras de Cristo: "Sed perfectos...", y la esencia de la perfección está en el amor o unión con Dios: "Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón... y al prójimo como a ti mismo" (Mt. 22,37-38).

Santo Tomás argumenta así: "Una cosa se dice que es perfecta, en cuanto alcanza su propio fin, que es su última perfección. Ahora bien, por la caridad

especialmente habrá que medir la perfección en la vida cristiana" (2,2. q.184,1).

La perfección no se concibe sin la caridad, por eso Santo Tomás dice "La esencia de la perfección consiste en la caridad", principalmente en el amor a Dios y de un modo secundario en el amor al prójimo.

San Francisco de Sales se expresa así:

"No oigo sino hablar de la perfección, y veo que son muy pocos los que la entiendan y practiquen bien. Cada cual fabrica una perfección a su modo y según sus inclinaciones particulares: unos la ponen en la austeridad del vestido, otros en la frecuencia de los sacramentos, en la oración o en la multiplicación de devociones...; pero todos se engañan, pues aunque todas esas cosas son en sí mismas buenas y santas, poner precisamente en ellas mismas la perfección, es tomar los medios por el fin o los efectos por la causa".

"Por lo que a mi toca, -añade el santo-, no sé si conozco otra perfección que "amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo". Sin esto toda perfección es una perfección falsa y de puro nombre, y todas las perfecciones juntas, sin el amor de Dios, me parecen como un montón de piedras".

La santidad es un don de Dios

La santidad ante todo es un don de Dios, comunicado en el bautismo, por el que quedamos justifi-

cados. Por tanto todos somos llamados a la santidad, pero no en virtud de nuestros méritos, sino por designio y gracia de Dios.

Conviene notar que la vida nueva o vida de la gracia que se recibe en el bautismo a modo de germen, ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno de los justificados a lo largo de su vida mediante la gracia de Dios y el esfuerzo personal, como tenemos dicho, cuyo esfuerzo consiste en seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, el cristiano debe conformarse con su imagen (Rom. 8,29).

¡Con qué facilidad decimos muchas veces: hay que ser santos! Pero conviene tener muy presente que la santidad no es comodidad o vida de sentidos; santidad, según los Evangelios, es ausencia de pecados, vida de gracia, vida interior, unión con Dios y esto supone vencimientos, sacrificio, cumplimiento de la ley de Dios y del propio deber, abnegación, cargar con la propia cruz y saber sufrir con alegría y amor...

¿Quieres ser santo? Dices que quieres ser santo y perfecto. Esto no es decir nada, por eso lo quiere todo el mundo. Todos quisieran ser buenos si no costara nada. Lo que importa es saber si estás dispuesto a todos los sacrificios y a poner todos los medios para adquirir la perfección y la santidad y practicar todas las virtudes. Sin esto no hay virtud ni santidad posible.

La condición que Dios nos puso para alcanzar los bienes del cielo es la mortificación, por eso hay tan pocos santos y virtuosos en verdad. Hay que convencerse de una vez para siempre que sin mortificación ni vencimiento posible, todo lo demás es pura ilusión y engaño.

Hasta hoy nadie en el mundo ha descubierto otro camino para ir al cielo que el de la cruz y seguimiento de Cristo. "El reino de los cielos padece violencia, y los violentos, los que se vencen a sí mismos lo arrebatan..." (P. Osende O.P.).

Procuremos no sustituir las palabras: mortificación, humildad, obediencia, pobreza, abnegación, sacrificio..." por otras que suenan a libertad, liberación, generosidad, apertura, responsabilidad... Que no haya que decir como en tiempos de San Pablo, que la cruz es escándalo para los judíos y locura para los gentiles...

Quiero ser santo. Estas palabras suenan a vacío cuando las obras no van llenando esas palabras. Es mejor ser sin decirlo que decirlo sin ser.

La santidad es la única razón de ser de un alma consagrada. Si no es santa, ¿para qué sus renuncias, sus votos, su consagración y su vida?

Santa Micaela del Stmo. Sacramento decía: "Los santos no nacieron santos, llegaron a la santidad después de una larga continuidad de vencimientos propios".

¿Podré yo ser santo habiendo pecado mucho?

Los santos son nuestros modelos de santidad y basta saber que muchos fueron grandes pecadores y son venerados como santos. Podríamos hacer una gran lista de los santos que un día fueron grandes pecadores; pero citaré algunos de los que vaya recordando:

- San Pablo, de él se nos dice en el Nuevo Testamento que fue blasfemo, como él mismo confiesa, y fue perseguidor de la Iglesia de Dios y lleno de pasiones, y en un exceso de locura, nada lo detenía con tal de borrar el nombre de Jesús... Y después ¡cuántos sacrificios hizo por ser verdadero apóstol y hacer que todos conocieran a Jesús para ser salvos!...

- Santa María Magdalena, de la cual arrojó Jesucristo siete demonios, fue una pecadora pública , pero se le perdonaron sus muchos pecados, porque luego amó mucho a Jesús, como leemos en los Evangelios.

- San Agustín. De este santo ya es sabida su mala vida, pues en su juventud se dejó arrastrar por las pasiones de impureza... y admirando a las almas puras, se decía: "¿No podrás tu hacer lo que éstos y éstas?... y leyendo un pasaje de la Biblia: "No en comilonas y deshonestidades..., sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo" (Rom. 13,13-14), cerró la

Biblia... y cambió radicalmente de vida y fue, como sabemos, un gran santo.

- Santa Margarita de Cortona, llevó durante nueve años en un castillo, una vida de escándalos...

- Santa Ángela de Foligno, se distinguió por su belleza extraordinaria, por su lujo exagerado, por sus muchos pecados, llegando a cometer un gran sacrilegio por ir a comulgar, después de haberse confesado callando en la confesión pecados que le dio vergüenza confesar, hasta que arrepentida de su mala vida se manifestó al confesor tal cual era y empezó una vida de gracia y luego fue una gran santa.

- San Pedro Armengol, de Tarragona, se entregó en su juventud a toda clase de desórdenes, llegando un día en una riña a asesinar a un enemigo de su familia...

¿Y a qué seguir? Basten estos ejemplos para ver que Dios perdona a los pecadores arrepentidos por grandes y muchos que sean sus pecados, siempre que se decidan a mudar de vida, y con la gracia de Dios pueden también ser grandes santos. Vivamos, pues, con la esperanza, si no de ser canonizados por la Iglesia, al menos de vivir sin pecados y en gracia de Dios con la esperanza de salvarnos e ir al cielo.

¿Queremos ser verdaderamente santos?

Santa Teresa de Lisieux dijo un día: "Para ser santos la virtud más necesaria es la "energía", esto

es, quererlo de veras, poner los medios conforme a la voluntad de Dios". Y esto es lo que vino a decir Santo Tomás de Aquino a su hermana. Esta cuando lo vio postrado en su lecho de muerte, se dijo: "Antes que Tomás muera quiero preguntarle algo" y le dijo: "Tomás, ¿qué es lo principal para alcanzar la santidad?".

El Santo le contestó: "Lo principal es quererlo de veras, tener grandes deseos de alcanzarla".

Citaré ahora el ejemplo de una niña que después fue una gran santa.

¿Cuál de vosotras quiere ser santa?, preguntó una maestra a las niñas de su escuela. Todas levantaron el brazo en señal de contestación afirmativa. ¿Y cuál es la que quiere ser la primera? Ninguna se atrevió a contestar. Se echaron suertes y fue una niña de once años la que, según la suerte, debía aventajarse a las demás.

Consideró la niña que aquello era un llamamiento de Dios, pidió la ayuda de la Virgen Santísima. Quiso ser santa, una gran santa, muy pronto santa. A los diecisiete años de edad, hizo voto de virginidad. Fue maestra con espíritu de apostolado. Joven aún fundó la Congregación vulgarmente llamada de "María bambina" - la Virgen niña.

Murió el 26 de julio de 1883, y fue proclamada Beata por el Papa Pío XI el 30 de mayo de 1930 y canonizada por Pío XII el 18 de mayo de 1950.

Y ¡con qué tesón hubo de trabajar para ser santa, una gran santa, muy pronto santa! Su padre era violento y rudo, llegaba a casa borracho, pegaba a su mujer. La muchachita iba con frecuencia a la taberna para separarle de la bebida, y tenía que acompañarle estando ya ebrio. Se dedicó a la enseñanza, al cuidado de los enfermos sin perdonar medio alguno de cumplir admirablemente su propósito. Es Santa María Bartolomea Capitanio.

Los santos, como podemos ver, no nacen santos, y se hacen queriendo, yendo por el camino de los mandamientos de Dios y teniendo deseos sinceros de santidad. (Con este motivo voy a citar unos pensamientos sobre los falsos y sinceros deseos de santidad, tomados del libro "LUZ, Meditaciones" del P. Rey S.I., para que tengamos ideas claras, pues los creo muy oportunos).

Falsos deseos de santidad

El hambre y la sed de justicia son los deseos de santidad, las ansias de perfección, conforme al dicho de Jesucristo: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o sea de santidad), porque ellos serán hartos".

¡Qué pocas almas tienen estas aspiraciones y estos anhelos!

Son innumerables los cristianos que no tienen deseos de salvarse, pues abandonan sus deberes reli-

giosos y no se preocupan de guardar los mandamientos. Existen cristianos que quieren salvar el alma y con eso se contentan. Saben que el impedimento para salvarse es el pecado mortal y su único empeño es no pecar mortalmente. Así lo manifiestan en las preguntas que hacen. ¿Esto es pecado o no es?

Se puntualiza: ¿A qué pecado te refieres: al mortal o venial? Contestan: Se entiende que al pecado mortal. Lo que equivale a decir: el pecado venial no me importa.

Son muchos los cristianos que aducen como suprema alabanza propia: yo no hago nada malo. Se le puede urgir: ¿pero haces muchas cosas buenas? ¿trabajas por santificarte? A esto nada saben responder. Todas estas almas no tienen deseos de santidad.

Se encuentran además en una situación peligrosa, pues viven al borde del precipicio. Sólo pretenden evitar el pecado mortal. Cometen toda clase de pecados veniales. Son temerarios para meterse en ocasiones peligrosas, con tal que no vean pecado mortal manifiesto.

Estado peligroso. El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco irá cayendo en las mayores. Son almas débiles, poco generosas con Dios, y por lo mismo poco dignas de los auxilios divinos. Vendrá una tentación difícil, y caerán en el pecado

mortal.

Hay otras almas que dicen tener deseos de santidad, pero no son verdaderos deseos, son veleidades.

Querrían, pero de hecho no quieren. Prueba de ello es que no acaban de poner manos a la obra. Lo van diferiendo para más adelante, para otras circunstancias más apropiadas; para un mañana que no acaba de convertirse en hoy. Lo que respondía el alma al ángel que le anunciaba la presencia de Jesús para que le abriera las puertas.

Cuántas veces mi ángel me decía:
Alma, asómate ahora a la ventana
verás con cuanto amor llamar porfía.
Y cuántas, hermosura soberana,
Mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana.

Otras almas dicen que tienen deseos de santidad, pero se engañan a sí mismas sutilmente.

Quieren ser santas, pero practicando únicamente las cosas fáciles. Los renunciamientos costosos, las abnegaciones difíciles las rehuyen y para tranquilizarse buscan razones sutiles convenciéndose de que Dios no les pide aquello. Se ilusionan pensando que hacen la voluntad de Dios, y están haciendo siempre la voluntad propia.

Ninguna de estas almas tiene hambre y sed de justicia.

Deseos sinceros de santidad

Pocas son las almas que tienen deseos verdaderos de santidad. ¿¡Quiénes son esas almas!? Las que no se contentan con evitar el pecado mortal. Las que perderían todas las cosas del mundo y se abrazarían con la muerte antes que cometer un pecado venial deliberado.

Las que luchan con seriedad porque disminuyan los pecados veniales medio deliberados. Las que trabajan incesantemente en dominar sus pasiones, negándolas hasta muchas cosas lícitas que pudieran disfrutar sin pecado. Las que secundan fielmente las inspiraciones de Dios, los designios de ellas, para cumplirlos.

Las que piden y desean humillaciones y dolores para asemejarse más a Jesucristo. Las que buscan ansiosamente el trato con Dios y sufren cuando Dios se les oculta. Las que soportarían gustosas todos los padecimientos con tal de sentir la presencia de Dios en su alma.

Las que se abrazan con los sacrificios más penosos si saben que con ellos le demuestran su amor a Jesucristo. Las que aman a Dios con todas sus fuerzas y quisieran tener más energías para amarle más; y desearían hacer mayores renunciamientos para entregarle más; quisieran tener mayor capacidad de sufrir, para darle a Jesucristo mayores muestras de amor.

Estas son las almas que tienen verdaderos deseos de santidad, y son los que tienen hambre de sed y justicia.

Sus deseos quedarán hartos

Los deseos de estas almas quedarán satisfechos, como dice Jesucristo. Quedarán en esta vida, porque de hecho alcanzarán un grado muy elevado de santidad. Dios no se deja vencer en generosidad, cuanto más generosa es un alma en corresponder a sus inspiraciones, mayores gracias le envía.

Dios no se deja vencer en amor. Cuanto más le ama un alma, más la ama Él, y el amor de Dios es eficaz, es de obras. Dios comunica al alma sus dones sobrenaturales, aun extraordinarios y muy copiosos, con los que pueda conseguir una perfección muy alta, y sus deseos de santidad queden satisfechos.

El don más valioso que Dios puede comunicar a un alma es Él mismo, bien sumo. Y lo hace. Hace sentir su presencia amorosa para que el alma le ame y se le una íntimamente con Él, y en esta unión con Dios encuentra el alma una hartura completa.

No desea ningún bien terreno,
Quien a Dios tiene,
nada le falta,
sólo Dios basta.

Así de harta sentía el alma Teresa de Jesús, y como ella todos los santos, Las ansias de santidad es decir, de unión con Dios, que en este mundo ha sentido el alma, quedarán plenamente satisfechas en el cielo, cuando Dios se le descubra cada a cara y le diga: entra en el gozo de tu Señor, anégate en él... Conoce a Dios para que tú sed de verdad quede satisfecha.

Goza de Dios para que tus anhelos de felicidad queden cumplidos y amando a Dios tu hambre de bondad quedará satisfecha.

Únete a Dios con todas tus potencias, para que tus deseos de santidad queden colmados al poseer a la santidad infinita.

El mayor obstáculo para salvarnos

Tenemos que tener todos muy presentes que el gran obstáculo que tenemos para salvarnos y conseguir la felicidad eterna prometida es el pecado pero también el gran consuelo para nosotros pecadores, es que si confesamos nuestros pecados y vivimos arrepentidos de ellos, por muchos que hayamos cometido, nos salvaremos y podremos grandemente santificarnos.

Tú, pues, quien quiera que seas. No importa que hayas pecado mucho. Si tu crees que eres un abismo de maldad, Dios es un abismo de infinita misericordia. Confía, pues, en este atributo de Dios.

1º Porque "esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna" (1 Jn.2).

2º Porque Dios, sumamente misericordioso, nos ofrece el perdón y "hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia" (Sab. 11,24).

3º Porque nos dice con juramento "Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva... y si se convierte de sus pecados... y anduviere por el camino de mis mandamientos, no haciendo iniquidad, ciertamente vivirá y no se recordará ninguno de los pecados que cometió" (Ez. 33,11 y 15).

4º Porque ¿ a qué vino Jesucristo a la tierra? Vino a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15), y Él mismo dijo: "No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores a penitencia" (Lc. 5,32).

5º Porque Dio su vida por salvarnos. El amor de Jesucristo manifestado en su pasión a todos los hombres es bien claro: "Me amó y se entregó a la muerte por mi" (Gál. 2,20). "Por su sangre hemos recibido la redención y el perdón de los pecados". (Col. 1,12).

No podemos dudar un momento de nuestra salvación con tal de que nosotros queramos salvarnos.

Ejemplos prácticos
Los males del pecado

Los siguientes ejemplos son del pecado, del cambio que obra en los que los cometen y del gran mal, porque se opone a nuestra santificación y a nuestro último fin. Por eso los santos, pensaban como San Juan Crisóstomo, que decía: Lo único que temo en mi vida es el pecado.

1

He aquí el cambio que obró el pecado en un joven. Leonardo de Vinci vio en un templo de Roma, a un joven cantor llamado Pedro Bardinelli, cuyo rostro dejaba traslucir tal candor e inocencia, que lo escogió para pintar en su célebre "Cena" a San Juan Evangelista.

Algunos años más tarde se encontró Leonardo en la calle con un mendigo desastrado, el cual reflejaba en su demacrado rostro una maldad tan diabólica, que pensó que le serviría de modelo para la cara de Judas. Le prometió una buena cantidad de dinero para que se presentase. Y cuando, para observar más el contraste, le puso al lado de San Juan, dijo sollozando el mendigo: "También serví yo de modelo para éste, pero entonces yo era un joven bueno, ahora, en cambio, soy un perdido, entregado a la bebida y al vicio".

2

Dios castiga terriblemente las obras impuras, no sólo con el infierno, sino ya en esta vida. Visitaba un sacerdote un manicomio y temblaba de espanto y pena al ver tantos centenares de desgraciados. Preguntó al médico: ¿Cómo han venido a parar aquí en tan triste situación?

El médico le respondió: Más de la mitad se han vuelto locos por sus obras impuras, y una cuarta parte por sus borracheras...

Lo mismo dicen los médicos en los hospitales: centenares de enfermos se ven acosados de atroces dolores, corrompidos en plena juventud e incluso agusanados por sus obras impuras.

3

Un joven quiso obligar a un compañero suyo a hacer una mala acción una sola vez. ¿Una mala acción una sola vez? ¿Te dejarías tu cortar la cabeza una sola vez? -le respondió el compañero.

No seamos incautos cuando el demonio nos tiente a hacer un pecado solo; no nos dejemos engañar, no lo hagamos, seríamos tan ciegos como si nos dejásemos cortar la cabeza una sola vez.

4

En cierta ocasión San Luis, rey de Francia, preguntó a un amigo suyo:

- Dime ¿qué preferirías tú, cometer un pecado mortal o quedar leproso?

- Majestad, respondió el amigo sin titubear: preferiría cometer treinta pecados mortales antes que quedar leproso.

El rey exclamó entonces tristemente: ¡Ay, pobre amigo mío, cómo se ve que ignoras qué es un pecado mortal!

El pecado mortal es la lepra que corrompe y mata el alma, terminando por arrojarla a los infiernos.

5

Se lee en la Sagrada Escritura que cuando el joven José estaba en casa de Putifar, vino a ser tan querido del señor por su buena conducta, que le hizo administrador de todos sus bienes.

Pero la mujer de Putifar era mala, y una vez trató de inducir a José a cometer un pecado grave, el santo joven, al ver el peligro, se dijo: ¿Cómo voy a pecar en presencia de mi Dios?, y espantado, echó a correr escaleras abajo y huyó, mientras aquella infame mujer trataba de detenerle asiéndole de la capa.

Él dejó su capa en manos de aquella desgraciada, pero logró irse.

Fue injustamente acusado y llevado a la cárcel. Pero él prefirió vivir inocente en la lobreguez de una prisión antes que vivir pecador entre comodidades y placeres (Gén. 39)... Y como él estaba con Dios, Dios estuvo siempre con él y lo ensalzó por su virtud, llegando a ser virrey de Egipto. ¡Cuánto vale ir en la presencia de Dios para no pecar! Por eso Santo Tomás dijo: "Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos".

6

Para evitar el pecado mucho interesa ir en la presencia de Dios y huir de las ocasiones. Recordemos el ejemplo del joven que hizo Ejercicios Espirituales y salió de ellos decidido a mudar de vida y, para ello, evitar las ocasiones. Vuelto a la ciudad, sucedió que se encontró con una "ocasión" peligrosa que le invitó a ir consigo, y le decía:

- Pero chico, ¿ya no me haces caso? ¿No me conoces? Soy aquella...

- Sí -respondió el otro-, pero yo no soy aquel...

Para salir del pecado y no volverlo a cometer, hace falta rezar, fortificar la voluntad y evitar toda ocasión de pecar.

7

Una mujer de mala vida quería inducir al pecado a San Efrén. Al parecer, él consentía. Pero puso una condición: "Cometemos el pecado en pleno mercado" Ella se negó por temor y vergüenza. ¿De modo -dijo él-, que temes la vergüenza ante los hombres y no temes la mirada de Dios?

Con estas palabras movió a la pecadora a recogimiento y conversión.

8

El rey Antógono, del Asia Menor (m. 301 a.C.) mientras se hallaba en el campo de combate y descansaba en su pabellón, oyó a algunos cortesanos que desde fuera hablaban mal de él. Entonces sacó la cabeza de la tienda y dijo: "Por favor, id a murmurar un poco más lejos donde el rey no os oiga".

Aquellos cortesanos quedaron helados. "El rey, dueño de nuestra vida, lo ha oído todo, ¿qué nos hará?".

Y Dios, ¿no ve, no oye todo lo que hace y dice el pecador? ¡Cuánto vale pensar en la presencia de Dios!

9

Un día de fiesta, un muchacho poco temeroso de Dios quiso ir a cazar con un amigo sin hacer caso de

las protestas de su madre. Hallábase comiendo en casa de su colono cuando se oyó tocar a misa. Le dijeron que se preparase para ir a oírla. El joven, encogiéndose de hombros, respondió: ¿Qué me importa a mí la misa? Más me tira la caza.

De allí a poco salió por el patio con la escopeta cargada. Pero el muchacho tropezó distraídamente y se descargó el arma, que dio contra él dejándole al instante cadáver.

¿Sería castigo de Dios? Sin meternos a indagar los juicios divinos, vemos que hechos parecidos han tenido también lugar en nuestros días.

Hay jóvenes llenos de vida que encuentran la muerte o una grave desgracia en el hervor del deporte, de la caza, de la carrera de "bicis", precisamente en los días festivos, de los que ni siquiera querían enterarse de que existen. Muchos pecan, porque no se dan cuenta del valor de los mandamientos de Dios, de los cuales depende nuestra salvación, pues Jesucristo nos dice a todos: "Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos" (Mt. 19,17).

10

Fue Cervera el gran almirante que cerró heroicamente la dominación de España en América. Algunos años más tarde moría aquel anciano almirante. Le rodearon en el lecho sus muchos hijos, no

menos valientes y católicos que él. En aquella hora, cuando se despedía y quería dejar algún recuerdo a la posteridad, dijo estas palabras:

- Hijos míos, ante todo guardad los mandamientos de la ley de Dios. El pueblo que guardara esos mandamientos sería el pueblo más feliz de la tierra.

11

García Moreno fue una de las figuras más relevantes del catolicismo moderno. Estudiaba en París y, aunque cristiano, llevaba una vida tibia. Un joven universitario, murió por aquellos días rechazando al sacerdote en los últimos momentos. Se discutió el caso acaloradamente en un corro de amigos. García Moreno se distinguió por el calor con que censuró tan triste determinación. Con aquella lógica de acero que le caracterizaba acorraló con argumentos a uno de los jóvenes que alababan la resolución del impenitente. Al verse vencido, el joven se encaró con García Moreno y le dijo: Si lo que dices es verdad, ¿cómo usted que no practica sus creencias, puede persuadirme?.

Aquello fue como un rayo para García Moreno. Se quedó parado, reflexionó un momento y exclamó: "Este argumento tiene fuerza hoy, mañana no la tendrá".

Al día siguiente se le vio en París, arrodillado

delante de un confesor y de allí salió el defensor y mártir del derecho cristiano en la época moderna.

García Moreno llegó a ser el heroico y cristianísimo presidente de la república del Ecuador, trabajó infatigablemente por su patria, que logró elevar a un brillante grado de prosperidad y cultura.

Los enemigos de la Iglesia no le perdonaban que hubiera manifestado públicamente su convicción de católico, y le amenazaron de muerte.

El 4 de agosto de 1875 escribía a un amigo: "Voy a ser asesinado. Me siendo dichoso de morir por la santa fe. Nos veremos en el cielo" y pocos días después de comulgar iba a pronunciar un discurso en una de las cámaras y momentos antes le asesinaron a puñaladas cobardemente.

Al caer bañado en sangre, exclamó con energía en el momento casi de morir: "¡Dios no muere!" Este ejemplo debe servirnos a todos para imitarle en su valentía, saliendo de la tibieza y de todo pecado y ser apóstoles del bien.

12

Terminemos con el ejemplo de San Juan Crisóstomo, que nos enseña a no temer más que el pecado, si lo rechazamos de veras, reconocerá que éste es el camino de la santidad.

Este santo, patriarca de Constantinopla (m. 407)

defendía con todo valor la religión contra los herejes y combatía valientemente los vicios. Por ello se conquistó el odio del emperador Arcadio, el cual dijo a sus cortesanos: -Quisiera vengarme de este obispo-. ¿Qué tengo que hacer?

- Desterrarle, respondió uno. -Confiscarle los bienes, dijo otro.

- Llevarle a la cárcel, propuso un tercero. -Matarle, así queda todo terminado, aseguró el cuarto.

- Pero el quinto, que veía más claro que los demás, exclamó:

- Os equivocáis todos; estos medios no sirven para nada:

- ¿El destierro? Para él todo el mundo es su patria.

- ¿La cárcel? besará las cadenas. ¿La muerte? Se le abrirá el cielo.

Señores, si queréis de verdad vengaros de este hombre, obligadle a que cometa un pecado. Esto es lo único que teme.

El santo obispo fue desterrado a Armenia y murió después de cuatro años de persecuciones y padecimientos.

Tenía por lema esta palabra: “Una sola cosa hay que temer: el pecado”.

Laudetur Iesuchristus= Alabado sea Jesucristo.